

HARO TEGLEN

LUNA Y HUMANIDAD

Desde el punto de vista de la Humanidad, resulta perfectamente indiferente que sean soviéticos o americanos los primeros que lleguen a la Luna. Esta es una idea que suelen emitir los responsables de cada uno de los dos países comprometidos en la carrera aeronáutica cuando el momentáneo triunfo corresponde al otro. No siempre ha sido así. En un principio, cuando los soviéticos colocaron en órbita el primer «Sputnik», para los americanos se trató de «un truco científico que no quitaría el sueño a nadie» (Charles Wilson, secretario de Defensa), mientras para los soviéticos era «la prueba de que el socialismo ha ganado al mundo capitalista» en su propio terreno, la técnica (Krutchev). En poco más de diez años —el «Sputnik» de 84 kilos es del 4 de octubre de 1957—, los dos países han aprendido a emitir opiniones más matizadas, a respetarse mutuamente, a moderar sus cantos de victoria personal y a referirse al conjunto de la Humanidad, lo cual supone, sin duda, un adelanto psicológico y moral tan importante como lo es el adelanto técnico. Esta vez, el canto al hombre en general ha correspondido a los soviéticos y lo ha emitido el sabio Leonidas Sedov aludiendo a que el viaje del «Apolo VIII» «va más allá de los límites de un éxito nacional y marca un estadio en el desarrollo de la cultura universal de los hombres de la Tierra». Parece que nos incumbe a todos el orgullo de ser hombres y de haber llegado a la Luna, de estar en vísperas de poner en ella nuestro pie. Efectivamente, este vuelo es una gran obra colectiva. La tentación de individualizar, de protagonizar, nos hace fijarnos especialmente en los tres hombres que han ido y han vuelto. La parte que a ellos corresponde es, estrictamente, la del heroísmo. Un heroísmo que, bien analizado, no es superior, y hasta es más bien inferior, que el de otros héroes históricos de la exploración, como —revolviendo épocas— Amundsen, Marco Polo, Colón o Livingstone, para quienes los riesgos personales fueron mucho más graves que para los tres astronautas. Lo que encontramos, si no protagonizamos, es el trabajo asiduo de las nueve mil personas que han participado en el lanzamiento del «Apolo VIII» y su recuperación y las treinta mil que dan base a los programas espaciales de los Estados Unidos. No cabe gran duda de que estas personas representan una parte considerable de la Humanidad. La técnica de la caza de cerebros en el mundo ha permitido aglomerar en los Estados Unidos los talentos emigrantes de todos los lugares del mundo, a partir del primer hombre que trabajó seriamente los cohetes, el alemán Von Braun, creador de los «V-1» y «V-2» que sirvieron para los terrores bombardeos de Londres en la segunda guerra mundial. El imperio sobre las materias primas cuenta también de una manera considerable. No obstante, las materias primas van representando cada vez más un papel secundario en las nuevas economías. El kilo de objeto astronáutico tiene hoy un valor superior al de quinientas veces el kilo de oro. El valor del material empleado es relativamente despreciable. Lo que cuenta es la organización de la materia. Se ha considerado siempre que la materia inorgánica es inerte, que la materia orgánica es la vida en cualquiera de sus formas. Las modernas técnicas han introducido la organización en la materia inorgánica, de forma que con cierta audacia se puede hablar de materia viva. Esta determinante de lo que llamamos «era postindustrial» —la era industrial se nutría de materia prima de manera mecánica y necesitaba sobre todo resistencia y cantidad, cuando hoy se requiere sutileza y ligereza— está produciendo cambios colosales en la economía, hasta el punto de que los países con gran riqueza de suelo están siendo desbordados por países de gran riqueza humana. Este hecho es el que permitió a la URSS ponerse, en la década del cincuenta al sesenta, al nivel científico y técnico de los Estados Unidos a pesar de un enorme retraso, y el que ha permitido que China haga estallar una nueva bomba termonuclear el mismo día en que el «Apolo VIII» se aproximaba a la Luna, lo cual, desde un punto de vista meramente técnico, y teniendo en cuenta que su punto de partida es el cero absoluto en el momento en que los Estados Unidos eran un país ya automatizado, supone un prodigioso salto hacia adelante. Es quizá en ese sentido en el que podría tener valor la

frase de Krutchev indicando el triunfo del socialismo sobre el capitalismo: en la consecución de los valores de progreso por otros medios y por vías que se consideran más rápidas y que implican una mayor aceleración. De todas formas, lo que podría indicar una auténtica separación política entre los dos sistemas sería, sobre todo, la utilización final del progreso. Si en el socialismo los futuros y posibles bienes de la aventura espacial revierten a la Humanidad, que los ha hecho posibles mediante la acumulación científica, histórica y a la aportación actual, sus realizaciones serán mucho más importantes que las de un capitalismo en quien se supone que todo este esfuerzo ha de servir exclusivamente a los grupos de capital. Si en uno y otro caso se trata de operaciones de prestigio y poder nacional, si su último objetivo es un dominio militar del espacio y, por tanto, de la Tierra, con fines de cualquier imperialismo, no será entonces posible hablar de ningún triunfo de la Humanidad, y el hombre sobre la Tierra se contentará con esa bobalicona satisfacción del plural inútil, del «hemos llegado», del «somos capaces», mientras sigue contemplando su despensa vacía, como sucede en estos momentos con dos terceras partes de la población del mundo. Otra idea tópica que se reproduce estos días es la del contraste abierto entre esa punta de lanza de la civilización que avanza hacia la Luna y el otro extremo del astil donde hay masas de personas que viven en la Edad de Piedra. Y sin necesidad de desplazar la atención hacia nuestros contemporáneos prehistóricos del desierto australiano o de las fuentes del Amazonas, la misma geografía social de los Estados Unidos ofrece en sí toda la gama de contrastes: desde la miseria de los «ghettos» negros o portorriqueños, hasta la obra de cabo Kennedy. El enfrentamiento de este tópico con el del «triunfo de la Humanidad» ofrece el balance desolador de una realidad concreta sobre una idea abstracta. Es una realidad de la que no escapamos desde hace años. La expansión del automóvil, en un ejemplo moderado, se ha considerado como un triunfo de la Humanidad y aun se le ha politizado como el triunfo de la democracia —por la comparación del número de automóviles en proporción al de habitantes en los países occidentales y en los países comunistas—, cuando en la base de esa Humanidad triunfante estaban millones de asiáticos extrayendo caucho a precios de explotación y la tragedia del petróleo no ha cesado —hoy mismo está en Biafra y en Oriente Medio— para que podamos suponer un triunfo de la Humanidad. Por eso conviene reducir por el momento a sus términos esencialmente políticos inmediatos lo que, sin duda, en un futuro apenas entrevisto podrá considerarse como un beneficio de la colectividad humana. Krutchev glorificó el «Sputnik» al día siguiente de la cuestión de Budapest, Kennedy anunció el programa de viajes humanos a la Luna inmediatamente de la expulsión de Bahía de los Cochinos por la reacción cubana. El éxito del «Apolo VIII» contrapuntea el fracaso en el Vietnam, y probablemente en 1969 los americanos pondrán por primera vez pie humano en la Luna al mismo tiempo que retirarán sus botas del suelo del Vietnam. La política actual trata de hacer un efecto religioso: la promesa de una vida mejor, más allá, a cambio de los sufrimientos y de las desdichas sobre la Tierra. En religión, estas frases pueden tener un valor. En política carecen de él. La política está hecha para ofrecer aquí y ahora todas las ventajas posibles a quienes consideran el mundo como obra de todos. Se ha desgastado suficientemente en los últimos dos mil años la petición de sacrificios para la consecución de bienes, como para seguir creyendo en ella. Las realizaciones americanas y soviéticas en el espacio son prodigios futuribles y merecen toda la admiración y toda la colaboración, siempre que no sean alienantes, siempre que no sirvan de disfraz o de distracción, siempre que no distorsionen otras acciones más inmediatas. Por el momento, el destino de la Humanidad depende más de una acción israelí de represalias o de un motín popular en Berlín que de un viaje a la Luna. Las manos desnudas de los vietnamitas han dominado los prodigios técnicos de los Estados Unidos, y es una lección que no conviene olvidar en ningún momento, y que menos que nadie deben olvidar los protagonistas, americanos o soviéticos, de las grandes y admirables hazañas espaciales.